



LA ALFARERA, 1960

La Alfarera. Poema dramático en cinco cuadros
Paula Nogales

LA ALFARERA

Paula Nogales

I. Niña con vela (1966)

NIÑA: Aparta, vieja, esa luz oscura.

VIEJA: Naciste en el año que yo nací,
y mi vela encendida es tu propia vela.
Mi cara no es otra que la tuya:
mírame y sabrás tu destino,
el de tus trenzas de simetría perfecta,
el de tus ojos de pureza hiriente,
el de tu sonrisa confiada.

NIÑA: ¿Cómo te atreves a mirar mi rostro?
Yo encarno el sacramento de la vida,
y tú arrastras el de los difuntos.

VIEJA: Ay, niña, no desprecies a esta deforme.
Sólo quiero alumbrarte el camino
y ahorrarte la ruina de las decepciones.
Yo también fui bella, y esbelta; fui pequeña
como una poderosa semilla
preñada de anhelos infinitos.
Crecí como la higuera y de mí hicieron
los vientos, las lluvias y los soles

lo que ahora ves.

NIÑA: No sufras por mí, anciana:
recordaré tus ojos,
lo que tu boca terrible me enseña.
Puedes dar miedo a los otros, pero yo te conozco:
tu rostro de gárgola veló mi cuna,
tu mano de hierro guió mis pasos.
Pero ahora soy fuerte, y poseo
mi propia luz.

II. Alfarera (1960)

CORO: ¿Quién eres mujer de dulce sonrisa gótica,
hacedora de vasijas coloradas,
pintora de almagre apasionado?
Tu figura rotunda, juvenil y morena
me asusta, porque es frágil como el barro cocido.

ALFARERA: Mira, ¿ves? Este es mi tesoro:
con la tierra creo un mundo de cerámica.
Mis manos dan forma a la arcilla, como los
pájaros libres
dibujan en el cielo alfabetos soñados.

CORO: Pero ¿no te da miedo la tormenta inclemente?
¿La tromba de agua y vientos feroces
que pueden hacer añicos tu universo de loza?

ALFARERA: Ahora pintaré el deseo con el color de mi sangre.
Sólo a mí me importa lo que hago,
y es bueno que así sea.

CORO: Dejémosla: sigue ajena en su placidez creadora.
En sus manos la fertilidad perfila
un ejército poderoso de cacharros y amores.

III. La madeja (1960)

MUJER JOVEN 1: Hermana, ¿qué te ocurre? Tu boca ya no sonrío
¿Pesa acaso demasiado la madeja?

MUJER JOVEN 2: ¿Y tú me lo preguntas, vencida por el luto?
No sé quién me ató a estos hilos,
no sé quién puso en marcha el huso envenenado
de la espera,

MUJER JOVEN 1: Hermana, ¡no me reproches!
Tuya era la alegría de los valientes.
Sabes bien que yo fui siempre poca cosa,
que acepté resignada desde niña
la esclavitud del hilado y la rueca,
y del tejido que se renueva cada noche.
Pero tú... Vestida de rojo,
Hacías cantar hasta a las piedras,
victoriosa sobre los grises. Y ahora...

MUJER JOVEN 2: Ya no soy más el ama de mí misma.
Devano incesante esta madeja de plomo
como una obsesión que me domina
sin haberla elegido.

MUJER JOVEN 1: Hermana...

MUJER JOVEN 2: Calla. No quieras faltar ahora a tu destino.
Y no te duelas por mí. Algún día

yo misma cortaré la cuerda.

IV. Mujer con jaula (1967)

MUJER

ENLUTADA:

¿Dónde han ido mis ojos, pajarillo?
¿Dónde fueron mis grandes pupilas negras?
¿Es esto lo que hace el llanto con las personas
que amaron demasiado?
¿Vi más de lo que me era permitido?
¿Enojé a algún dios siniestro con mi curiosidad
infantil?

PAJARILLO:

Calla, imprudente, que aún conservas
una boca que pregunta demasiado.

MUJER

ENLUTADA:

Pero mi boca ya no es mía, y hablo contigo
sin mover los labios.
¿Por qué estoy así, pajarillo, convertida en ídolo
de barro antiguo sin rostro,
uniformada de pena?
¿Acaso algún dios celoso me amó demasiado
para adorarme así?

PAJARILLO:

Dices que no tienes boca y tus palabras
me hieren. Y a mí, ¿por qué me encerraste
entre barrotes? ¿Te divierte jugar con tu alma,
como una niña déspota y ciega?
¿Martirizar mis plumas ansiosas de aires,
cercenarme
los vuelos y los cantos?

MUJER

ENLUTADA: Pero, ¿no te gusta el jardín que te rodea?
¿No quieres acompañar mi pena con tu dulce trino?

PAJARILLO:

El dolor no sólo te ha robado el rostro.
¿Ya no recuerdas los pasos que diste hasta aquí?
¿Quién te empujó? ¿Qué demonio malevolente
tendió las emboscadas? ¿No tenías una boca
para gritar, y unas manos
para arañar la tierra?

MUJER

ENLUTADA: No puedo soportar tu cruel clarividencia.
La espera sin objeto me ha corroído la sangre,
y este pañuelo negro me oprime las sienas.

PAJARILLO:

Abre la puerta de mi jaula, que amanece,
y no seas más mi carcelera.

V. Paisaje con aulagas (1967)

CORO 1:

He aquí un mujer translúcida, traspasada de luz,
despidiendo un vuelo negro y rojo en un fondo
de mar y viento; a tus pies,
estrellas rojas de almagre pintando y aulagas fantasmales
que un día nacieron en el desierto.

CORO 2:

Pero, ¿qué día nació esta mujer? Nadie lo sabe.
¿Quién fue su madre, quién fue su padre, con qué
hermanos jugaba en la cocina y en el patio?

CORO 1: El viento sopla más fuerte y el mar sube
hasta el cielo y devora la arena.

CORO 2: ¿Dónde fueron a parar los cántaros rotos
de esta mujer transparente?
¿Alguien sabe si sus ojos fueron bellos,
si sus manos moldearon la vida,
si creó sus propias criaturas,
si tuvo una hija, si tuvo una hermana,
si tejió por las noches el tapiz inconcluso
de la agonía?

CORO 1: Crece imparable la galerna.

COROS 1 Y 2: La mujer es paisaje: se deshace
en azul y verde y ya sólo
es una voz que en un hilo eléctrico rompe y atraviesa,
una voz sin tiempo que repite: "Adiós, adiós, vuela
alto, corazón, vuela".